

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

“Introducción”

p. 7-16

Xochimiquitzli, *la muerte florida*
El sacrificio humano entre los mexicas

Patrick Johansson Keraudren

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

560 p.

Códices, grabados, fotografías, láminas

(Cultura Náhuatl. Monografías 38)

ISBN 978-607-30-5619-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de marzo de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/781a/xochimiquitzli.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN

Ritual religioso que practicaron varios pueblos del mundo en distintos contextos geográficos y épocas, el sacrificio humano alcanzó su máximo esplendor y probablemente su más hondo significado en Mesoamérica, más específicamente entre los pueblos nahuas de la región central de México, en tiempos cercanos a la conquista.

Por su poder militar, político y económico, México-Tenochtitlan fue tal vez la nación indígena en la que el sacrificio humano alcanzó su apogeo. Los mexicas ofrendaron víctimas a la naturaleza, al tiempo, a sus dioses y a sus intereses políticos, no obstante, siempre infligieron u otorgaron la muerte en aras de la vida.

Esta última afirmación parecería, si no una flagrante contradicción, por lo menos una extraña paradoja para un lector occidental acostumbrado a oponer *vivir* y *morir* como términos incompatibles de una dialéctica trágica. Para los antiguos mexicanos, sin embargo, el antagonismo entre *existencia* y *muerte* (y no entre *vida* y *muerte*) no se presentaba de la misma manera, porque consideraban esta última como un espacio-tiempo generador y regenerador, una dimensión genésica, matricial de la que brota todo cuanto nace y a la que regresa inexorablemente, de una manera u otra, lo que ha nacido, para regenerarse.¹ En este contexto, la oblación humana, culminación sacrificial de la ofrenda de sangre, cobraba un sentido cósmico.

La realidad histórica de los sacrificios humanos en el México prehispánico es incontrovertible. Además de las crónicas españolas, numerosos documentos en náhuatl, transcripciones de la voz viva de informantes nativos y libros pictográficos indígenas autentifican el hecho: los antiguos pueblos de Anáhuac, al igual que otras colectividades de Mesoamérica, inmolaban, decapitaban, desollaban y comían, según las

¹ Patrick Johansson K., *Miccacuicatl. Las exequias de los señores mexicas*, México, Libros de Godot, 2016, p. 11-55.

circunstancias específicas de sus ritos, a hombres y mujeres, niños, jóvenes, adultos y ancianos (lámina 1).

Las pruebas arqueológicas son también irrefutables: desde el periodo Preclásico hasta la conquista de México la occisión ritual de seres humanos se practicó de una forma u otra, con una frecuencia distinta según el tiempo y el lugar. Gracias a la antropología física se determinaron edad, sexo, ciertos datos concernientes a la salud de las víctimas y a veces modalidades específicas de sacrificio. Entre los muchos lugares en los que se encontraron pruebas inequívocas de sacrificios humanos figuran Tlatilco, en lo que concierne al Preclásico, Teotihuacan para el periodo Clásico y un sinnúmero de sitios arqueológicos correspondientes al Posclásico.

En tiempos cercanos a la conquista, la inmolación de hombres y mujeres se había vuelto común, al menos en las grandes metrópolis, y había adquirido un carácter espectacular. Precisamente durante la conquista muchos españoles capturados por los mexicas en los últimos combates que se libraron en México-Tenochtitlan fueron sacrificados y sus cabezas cercenadas y empaladas en el *tzompantli*, la palisada de cráneos (figura I.1). En este contexto, eran trofeos² vistos por la comunidad mexicana-tlatelolca que todavía resistía al invasor. Cualquiera que haya sido la reacción psíquico-religiosa que generaba esta visión, el sacrificio, la decapitación de los españoles y sus caballos, y la subsecuente colocación de sus cabezas en el *tzompantli*, manifestaban una relación particular del indígena con la muerte.

Excavaciones recientes en el sitio de Zultépec-Tecoaque, encabezadas por el arqueólogo Enrique Martínez Vargas, pusieron en evidencia secuencias sacrificiales de extracción de corazón, decapitación, cocimiento y desollamiento de cuerpos y cabezas de españoles, tlaxcaltecas, esclavos negros e indígenas de las islas caribeñas que venían con los conquistadores.³

Si bien el hecho es innegable, su justa apreciación supone una contextualización histórica, una valoración o revaloración de ideas, acciones

² Del latín *trophaeum*, y a su vez del griego *tropaion*: “monumento de victoria”. Sin embargo, como veremos en el capítulo dedicado a la decapitación, el *tzompantli* era más que un “trofeo” monumental.

³ Enrique Martínez Vargas y Ana María Jarquín Pacheco, *Zultépec-Tecoaque. Una nueva página histórica de la conquista de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Gobierno de Tlaxcala, Secretaría de Cultura, 2016, p. 237-267.

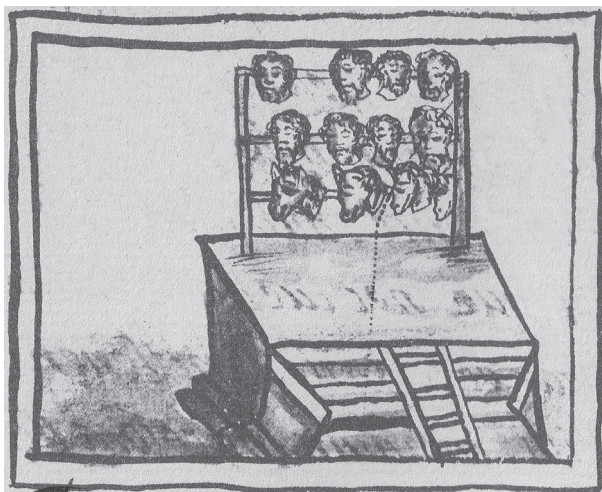


Figura I.1. Cabezas de españoles y caballos en un *tzompantli*. *Códice florentino*, lib. XII, f. 68r.

y conductas, una detección de los conceptos que determinaron estas prácticas y, más en general, un conocimiento del pensamiento indígena.

Los primeros en tener una visión distorsionada en términos conceptuales de los hechos sacrificiales fueron los conquistadores españoles. El primer testimonio de esta práctica ritual de los antiguos mexicanos es de los miembros de la expedición de Grijalva, en 1518, quienes vieron los restos de dos víctimas sacrificadas en una isla que se llamaría a partir de entonces Isla de Sacrificios, frente a Veracruz. En su primera carta, fechada el 10 de julio de 1519, Cortés escribía:

Tienen otra cosa horrible y abominable, y digna de ser punida, que hasta hoy no habíamos visto en ninguna parte, y es que todas las veces que alguna cosa quieren pedir a sus ídolos, para que más aceptasen su petición, toman muchas niñas y niños y aun hombres y mujeres mayores de edad, y en presencia de aquellos ídolos los abren vivos por los pechos y les sacan el corazón y las entrañas y queman las dichas entrañas y corazones delante de los ídolos y ofreciéndoles en sacrificio aquel humo. Esto habemos visto algunos de nosotros, y los que lo han visto dicen que es la más cruda y espantosa cosa de ver que jamás han visto.⁴

⁴ Hernán Cortés, *Cartas de relación*, México, Porrúa, 1973, p. 24.

Los términos utilizados por el conquistador en su carta expresan el asombro y la indignación, y revelan una lógica incomprensión de unas prácticas religiosas ajenas por completo a la cultura europea del siglo XVI. Al estupor y a la censura de los conquistadores se añaden, a partir de 1524, las vituperaciones de los frailes evangelizadores contra lo que ellos consideraban una obra del demonio.

Sin embargo, aunque Cortés y sus españoles nunca la habían visto, “esta cosa horrible y abominable” existía o había existido en otras partes del mundo.

El sacrificio humano: una práctica religiosa universal

El sacrificio humano no fue exclusivo de Mesoamérica: muchos pueblos lo practicaron en varias partes del mundo en etapas determinadas de la historia. Esto no significa que *todos* los pueblos, sin excepción, hayan tenido esta costumbre, sino que la muerte sacrificial se sitúa en estratos del ser en los que lo cultural se vincula todavía con ciertos automatismos genéticamente heredados y por lo tanto atañe al género humano y no a unas culturas específicas.

Los pueblos que nunca efectuaron oblaciones humanas, si es que lo podemos determinar, se abstuvieron no por razones éticas o de un eventual “adelanto” en términos de civilización, sino porque su aparato religioso encontró otras maneras de procesar culturalmente la pulsión⁵ de muerte que anida en lo más profundo del ser.

En Mesoamérica, olmecas, teotihuacanos, zapotecas, mixtecas y mayas (figura I.2), entre otras etnias, efectuaron sacrificios humanos. Fuera de Mesoamérica, pero en el continente americano, los indígenas de las regiones andinas parecen haber sacrificado hombres con más frecuencia, en especial en tiempos de hambrunas o plagas. Se sacrificaban seres humanos a Viracocha, el equivalente andino de Quetzalcóatl, para curar a personajes importantes de enfermedades graves. En Norteamérica, los

⁵ Fuerza que se sitúa en los límites de lo orgánico y lo psíquico, y que incita a una persona a realizar una acción que tiende a dirimir una tensión que proviene del organismo. Diccionario *Le petit Larousse grand format*, 100a. ed., París, 2005. La pulsión es una remanencia del instinto animal que se funde con elementos culturalmente adquiridos después de la aparición de la función simbólica y genera un comportamiento *ad hoc*.

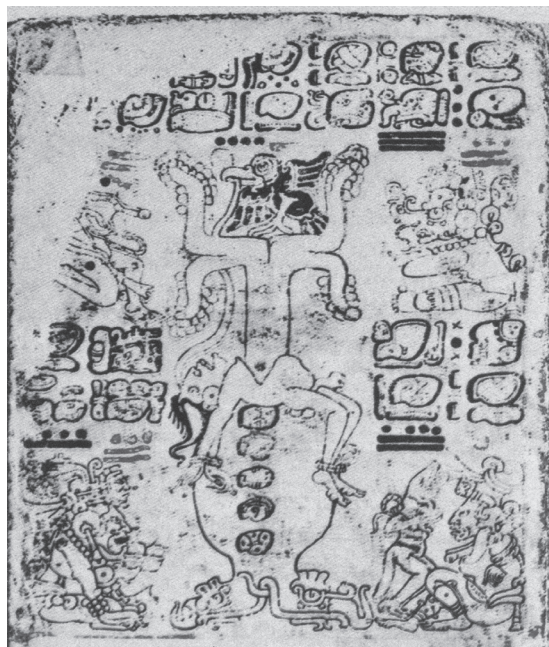


Figura I.2. Un sacrificio maya. *Códice de Dresde*, lám. 3

sacrificios se efectuaban para acompañar a los reyes difuntos, recibir la primavera o propiciar el éxito en la cacería, entre otros motivos.

En Egipto se ofrendaron y desmembraron hombres en honor a Osiris. Diodoro Siculus afirma que se sacrificaban “extranjeros de pelo rojo” en la tumba del dios egipcio,⁶ y según *El libro de las puertas*, todo indica que los enemigos de Osiris debían ser quemados sacrificialmente para complacer al dios agrario. En este contexto, podrían haber existido unas “torturas” previas.⁷ Había también, como es ampliamente conocido, sacrificios de acompañantes para los faraones difuntos.

Por otra parte, se encontraron en tumbas reales en Ur, Mesopotamia, con restos de hombres y mujeres sacrificados para “acompañar” a sus reyes. Los asirios, los fenicios y los hebreos efectuaron también sacrificios humanos. Si bien no existen pruebas arqueológicas en el caso

⁶ Robert A. S. Macalister, “Human Sacrifice. Semitic”, en James Hastings (ed.), *Encyclopedia of Religion and Ethics*, v. VI, Edimburgo, T&T Clark, 1920, p. 862.

⁷ Nigel Davis, *Ritual Human Sacrifice in History and Today*, Nueva York, William Morrow, 1981, p. 35-36.

de los primeros, restos de niños y jóvenes sacrificados fueron encontrados en Jericó. Hiel “reconstruyó” Jericó sobre el sacrificio de sus hijos;⁸ Jefté ofreció a su hija después de obtener una victoria sobre los amonitas.⁹ David, para aplacar la ira de Yahvé, sacrificó a siete parientes de Saúl.¹⁰ Entre los hebreos, hubo una época en la que se sacrificaban niños en el fuego, en un altar llamado *tophet*, lo cual fue condenado por los profetas.¹¹ En un contexto judeo-cristiano, la petición de Dios a Abraham de sacrificar a su hijo Isaac es otro ejemplo (figura I.3). En el texto bíblico, Dios detuvo el gesto del infortunado padre, pero es probable que en una versión anterior Dios no detuviera nada y se consumara la ofrenda.

En otro contexto histórico, es muy conocida la inmolación de 500 niños de familias nobles en el fuego para propiciar una victoria sobre Agatocles de Siracusa, en Cartago, en 310 a. C. Según Heródoto, los escitas sacrificaban uno de cada 100 prisioneros por decapitación, recogían su sangre en una vasija y ungían con ella una espada colocada en un templo.¹² En la India, los sacrificios humanos se practicaron desde tiempos inmemoriales y hasta hace poco, aunque de manera muy esporádica, en ciertas comunidades campesinas.

Los sacrificios de acompañamiento y los que consagraban la fundación de edificios abundaron en China, Japón y todo el sureste asiático. En Polinesia, Micronesia y Melanesia, por lo general seguía un consumo ritual de los cuerpos sacrificados en la investidura de un jefe, para acompañar a un rey al inframundo o en aras de una victoria en la guerra.

Los celtas sacrificaron hombres para conjurar peligros, mientras los vikingos lo hicieron en honor a sus divinidades de la fertilidad y a sus dios tutelar Odin (figura I.4). Durante mucho tiempo se hicieron sacrificios humanos en África, ya fuera para reforzar el poder de los jefes o para pedir buenas cosechas.

Tanto la mitología como los testimonios de viajeros establecen que hubo sacrificios humanos en Grecia. Recordemos el conocido sacrificio

⁸ *Biblia Vulgata*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1991, Reyes, 16:34.

⁹ *Ibidem*, Jueces, 11:34.

¹⁰ Ernest Kellet, *A Short History of Religions*, Middlessex, Pelican Books, 1962, p. 33-34.

¹¹ Yólotl González Torres, *El sacrificio humano entre los mexicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 43.

¹² Heródoto, “The History of Herodotus”, en *Herodoto-Tucidides*, Chicago, University of Chicago Press, 1952, p. 21.



Figura I.3. El sacrificio de Isaac. Iglesia visigoda de San Pedro de la Nave (El Campillo), Zamora, España



Figura I.4. Sacrificio del héroe mitológico noruego Högni.
Iglesia de Hylestad, Noruega

de doce troyanos a manos de Aquiles en el funeral de Patroclo. Los romanos, a la vez que dictaban leyes contra los sacrificios humanos, los efectuaban con frecuencia. Al parecer, las justas gladiatorias que tenían lugar en los circos romanos fueron, al principio, combates rituales en aras de difuntos importantes. Aun cuando muchos de los textos que refieren el sacrificio humano son de índole mitológica, existen indicios que permiten establecer que fue una realidad histórica.

El sacrificio atañe al ser humano y es en este ámbito genérico que debemos buscar su explicación. Por muy bárbaro que parezca, es un hecho cultural y como tal se vincula al saber y los valores de las colectividades que lo practicaron. Por lo tanto, conviene recordar algunos principios fundamentales del conocimiento indígena prehispánico y sus valores para comprender este ritual.

Estas consideraciones liminares que atañen a la percepción y la subsecuente conceptualización de la muerte por dos culturas radicalmente distintas remiten a su vez a cuestiones axiológicas¹³ y epistemológicas¹⁴ concernientes a la historiografía del sacrificio humano en el México precolombino. En efecto, describir esta práctica religiosa de los antiguos pueblos de Anáhuac en un marco preestablecido de valores culturales occidentales sin antes ubicarla en su contexto histórico podría desvirtuar su sentido profundamente humano.

Tomando en cuenta estudios previos, y con base en las fuentes disponibles, nuestra aproximación al sacrificio humano busca ser *empática* y revelar el sentido propiamente indígena de esta práctica ritual desde perspectivas teóricas que nos parecen más afines en términos metodológicos. Consideramos el tenor del saber indígena y proponemos una aproximación a la vez analítica y sintética del sacrificio humano, una aproximación que concilie la “ex-plicación” conceptual propia del raciocinio occidental y la “im-plicación” cognitivo-sensible, inherente al saber indígena.

Más allá de la información explícita que proveen las fuentes, surcamos la red simbólica subyacente en la lengua y la iconografía nahuas, en las que se articula el sentido profundo del sacrificio humano. En la efervescencia semiológica de los “tejidos” verbales o pictóricos

¹³ Que concierne a los valores.

¹⁴ Relativo a la investigación, sus métodos y su valor para el conocimiento.

buscamos paradigmas axiológicos y mecanismos cognitivos que definen una hermenéutica propiamente indígena, para discernir este sentido.

Después de considerar en el primer capítulo los aspectos epistemológicos y axiológicos del encuentro de dos sistemas cognitivos como se representan en la historiografía del sacrificio humano entre los mexicas, describimos las múltiples facetas de esta práctica ritual. Se consideran de manera sucesiva el arraigo pulsional y cultural de la muerte sacrificial, el valor de la sangre, el ápice sacrificial que constituye la extracción del corazón, los entes acreedores de la “deuda de sangre” y la redención sacrificial del envejecimiento.

En los capítulos siguientes contrastamos la muerte sacrificial, *xochimiquiztli*, con la muerte natural, *tlalmiquiztli*, y recordamos los orígenes mitológicos e históricos de las oblaciones humanas para ubicar los espacios y los tiempos en que ocurrían. Asimismo, evocamos las guerras floridas con carácter sacrificial y la sociedad que las suscitaba. En este contexto, nos aproximamos al suicidio en su aspecto autosacrificial y al sacrificio de acompañantes en las exequias de los reyes difuntos. En otro apartado se analizan las relaciones mortíferas que vinculan en el acto al sacrificado, el sacrificador y el sacrificante, y la repercusión socioeconómica que pudo tener en la existencia indígena.

El “espectáculo” de la muerte sacrificial y sus modalidades abarcan otro capítulo, antes de considerar la decapitación, el desollamiento y el consumo comunal del cuerpo de la víctima, en otros. En el último capítulo se describen los rituales mortuorios correspondientes a una muerte “florida” en la guerra o en la piedra de sacrificios.

En cuanto a las imágenes que contiene el libro, no son sólo ilustraciones de lo que se expresa con palabras, constituyen un texto iconográfico paralelo al texto verbal, que *da a ver* los aspectos del sacrificio humano (figura I.5). Algunas son de factura colonial, lo que se percibe con claridad en la composición y el trazo, y expresan implícitamente el punto de vista sobre esta práctica ritual que prevaleció después de la conquista, aun cuando los *tlahcuilos* seguían siendo indígenas. Otras son genuinamente prehispánicas y revelan de manera impactante la visión que los mexicas tenían de esta oblación suprema, por lo que son objeto de un análisis iconográfico.

El respeto al prójimo, la deferencia, la generosidad, la ternura y en general un profundo humanismo fueron rasgos específicos de la cultura



Figura I.5. “Mictlantecuhtli tiene sed de nosotros”.
Códice Borgia, lám. 6

náhuatl precolombina. Tanto la palabra antigua (*huehuetlahtolli*) como adagios (*machiotlahtolli*) y los cantos líricos (*xochicuicatl*) que llegaron hasta nosotros son prueba fehaciente de ello. Por otra parte, según lo establecemos en el segundo capítulo, la cognición indígena tal como se estructuraba en tiempos prehispánicos permitía regular de manera funcional el intercambio con el mundo exterior¹⁵ en sus aspectos más sutiles: objetivaba pulsiones recónditas y las canalizaba fuera del cuerpo colectivo.

De manera periódica, en un espacio-tiempo sagrado religiosamente circunscrito, la colectividad indígena abría sus compuertas rituales para que fluyeran el *eros* y el *tanatos* contenidos por diques éticos socialmente establecidos.

¹⁵ Definición de la cognición según Jean Piaget, *Biologie et connaissance*, París, Delachaux et Niestlé, 1992, p. 21.